

## La inestabilidad del capitalismo

Reproducido de *Economic Journal*, septiembre de 1928, 361-386.

### I. *La estabilidad económica bajo condiciones estáticas.*

1. Las numerosas «inestabilidades» creadas por las vicisitudes de la guerra y de la posguerra, aunque en todos los países atraen con toda justicia la atención de los economistas, tanto para diagnosticarlas como para aplicar política de remedios, no presentan por sí mismas ninguna clase de problemas nuevos o sorprendentes a la ciencia. No hay nada extraño en el hecho de que acontecimientos tales como el colapso de Rusia o, en general, las perturbaciones surgidas desde fuera de la esfera de la vida económica, afecten su estructura, sus datos y su funcionamiento. Los pasaré enteramente por alto y trataré estrictamente de la cuestión de si el capitalismo es o no es estable por sí mismo (es decir, si en ausencia de tales perturbaciones mostraría o no alguna tendencia hacia la autodestrucción por causas económicas inherentes, o hacia crecer más de lo que le permite su propia estructura). El interés de tal investigación es, principalmente, científico; además, una respuesta a esta cuestión no deja de tener algún valor de diagnóstico ni, por lo tanto, alguna, aunque remota, relación con la política; especialmente cuando hay, me parece, una marcada tendencia a razonar con las cifras de la posguerra y sobre los problemas de la posguerra, exactamente como si reflejaran algo parecido al funcionamiento normal de nuestro sistema económico y, sobre estas bases, deducir conclusiones sobre el sistema como tal.

Con objeto de aclarar el terreno, puede ser conveniente: primero, distinguir la clase de estabilidad o inestabilidad que nos proponemos discutir, de otros fenómenos incluidos los mismos términos. Fijándose, por ejemplo, en Francia, con sus empresas y su población estacionarias y su vasto imperio colonial y al estado de cosas opuesto en Italia, el observador bien puede tener una impresión de inestabilidad —llamémosla inestabilidad «política»— que, no obstante, nada tiene que ver con la inestabilidad económica en nuestro sentido; pues en los sistemas económicos de estos países aún podría haber estabilidad perfecta. O bien, si suponemos un estado de cosas en que el conjunto de la industria de un país está monopolizado por una sola empresa, pro-

bablemente estaríamos de acuerdo en considerar tal sistema como inestable en un sentido muy obvio —califiquemos el caso como de «inestabilidad social»— mientras que económicamente podría ser altamente estable. La inestabilidad, en otro sentido, se conseguiría en un sistema para el que los salarios de equilibrio estuvieran en un punto por debajo del que los trabajadores pudieran soportar (aunque no necesitaría haber ninguna tendencia en las propias condiciones económicas para producir absolutamente ningún cambio del todo *por el simple funcionamiento del sistema*. Finalmente, pueden aparecer casos especiales de inestabilidad de influencias particulares desde el exterior, que, de ningún modo, pueden cargarse con justicia al sistema económico. El regreso de Inglaterra al patrón oro es un caso a propósito. «Estabilizando» la libra en lo que era, visto desde el punto de vista de las condiciones existentes, un valor artificial, significó naturalmente la dislocación de los negocios, estableciendo un premio a las importaciones y un impuesto sobre las exportaciones, intensificando las pérdidas y el desempleo, creando con ello una situación eminentemente inestable. Pero esta inestabilidad se debe, evidentemente, a la actuación de los políticos y no al funcionamiento del sistema que, por el contrario, habría dado lugar a un valor de la libra que se ajustara exactamente a las circunstancias. Resumiendo, la estabilidad económica que nosotros entendemos, aunque *contribuye* a la estabilidad en otros sentidos, no es *sinónima* con ellos ni los *implica*. Esta opinión debe parecer, desde luego, altamente superficial a cualquiera que suponga la existencia de una relación tan íntima entre lo económico y las demás esferas de la vida social como hizo, por ejemplo, Marx. No obstante, como que demostraré al lector inglés la necesidad de separar estas esferas distintas, sería un derroche de tiempo y puedo limitarme a estas observaciones.

*7*  
*W. S. Schumpeter*  
*1919*

Segundo, tenemos que definir lo que entendemos por «nuestro sistema económico»: entendemos un sistema económico caracterizado por la propiedad privada (iniciativa privada), por la producción para un mercado y por el fenómeno del crédito; este fenómeno es la *diferencia específica* que distingue el sistema «capitalista» de otras especies, históricas o posibles, del extenso género definido por las dos primeras características. Aunque me parece que pocas cosas están más firmemente establecidas por la investigación histórica que el hecho de que la historia económica no puede dividirse en épocas que correspondan a los diferentes sistemas, es aún permisible fechar la *prevalencia* de los métodos capitalistas, aproximadamente, desde mediados del siglo XVIII (para Inglaterra) y llamar al siglo XIX κατ' ἐξοχήν la época del capitalismo *competitivo* «*trustificado*» y lo que sigue hasta ahora, la época del capitalismo cada vez más de otro modo «organizado», «regulado» o «dirigido».

✓ Tercero, el capitalismo puede ser estable o no, simplemente en el sentido de que pueda o no esperarse que dure. Su historia podría estar llena de las fluctuaciones más violentas o incluso de catástrofes —como indudablemente lo ha estado hasta ahora— y estas fluctuaciones o catástrofes también podrían ser inherentes a su funcionamiento —que es precisamente sobre lo que queremos formarnos una opinión— y aún podríamos, en un sentido real, tener que llamarlo «estable» si tenemos razón para suponer que durará. Siempre que no queramos decir nada más que esto —es decir, cuando queramos simplemente tratar la cuestión de lo que puede llamarse la supervivencia institucional del capitalismo, hablaremos de aquí en adelante de *orden* capitalista en lugar de *sistema* capitalista. Cuando hablemos de la estabilidad o inestabilidad del *sistema* capitalista, queremos decir algo semejante a lo que los hombres de negocios llaman estabilidad o inestabilidad de las condiciones de los negocios. Desde luego, la simple inestabilidad del «sistema», si es bastante seria, amenazará la inestabilidad del «orden» o bien el sistema puede tener una tendencia inherente a destruir el «orden» socavando las posiciones sociales en que el «orden» se apoya.

2. Ahora tenemos que traducir al lenguaje de la teoría lo que los hombres de negocios entienden por estabilidad. Se abreviarán conceptos y se facilitará la exposición si afirmo desde el principio que, exceptuando las diferencias sobre algunos de los puntos particulares, las observaciones siguientes siguen enteramente la línea marshalliana. Pero podría igualmente llamarla línea walrasiana. Ya que dentro de la teoría económica seria, no hay cosas tales como «escuelas» o diferencias de principios; en la economía moderna la única división fundamental está entre el trabajo bueno y el malo. Las líneas básicas son las mismas en todos los campos y en todas las manos; hay diferencias en la exposición, en la manera —y en el manierismo— de poner las cosas, por ejemplo, según la relativa importancia que los diferentes factores atribuyen respectivamente al rigor y la generalidad o la proximidad de la «vida real». Así, hay diferencias en la técnica; la grandeza de Menger, Böhm-Bawerk y Wieser, consiste por ejemplo en haber llegado tan lejos con instrumentos tan chocantemente toscos y primitivos, cuyo uso era un insuperable estorbo para la corrección. Además, hay diferencias en piezas individuales de la máquina analítica (como por ejemplo, entre las curvas de demanda walrasiana y marshalliana, entre el papel asignado a los coeficientes de producción respectivamente por Marshall, Walras, Pareto y Barone). Finalmente, hay diferencias sobre problemas particulares, los más importantes de los cuales son la teoría del interés y la teoría del ciclo económico. Pero esto es todo. No hay diferencias en los principios fundamentales —la productividad de Clark o el equilibrio de Walras o la imputación austríaca o la sustitución de Marshall o la combinación entre Walras

y Böhm-Bawerk de Wicksell que, en último término, son todas lo mismo, y todas, a pesar de las apariencias contrarias, están igualmente alejadas, y son al mismo tiempo y en el mismo sentido, descendientes del remiendo de Ricardo.

El sistema económico en el sentido de condiciones y de procesos, se reduce para los propósitos de la teoría a un sistema en el sentido científico de la palabra (es decir, un sistema de cantidades interdependientes —variables y parámetros—) que consiste en cantidades de bienes, relaciones entre bienes y precios, que mutuamente se determinan unos a otros. Se ha encontrado que este sistema es estable y su estabilidad es susceptible de prueba racional, bajo condiciones estáticas. No tan estable, realmente, como hubieran sostenido los economistas hace sesenta años, cuando la mayoría de ellos —de hecho, casi todos, excepto los marxistas— habían afirmado con toda confianza la absoluta estabilidad del *orden* capitalista y del *sistema* capitalista; la estabilidad ha encontrado la misma fortuna que la teoría del máximo de satisfacción. Tal como los métodos aunque dan una prueba correcta de lo que ellos legaron del máximo de la competencia, le han quitado mucho de su importancia, de modo semejante, aunque demuestran que tenemos, generalmente tantas ecuaciones como cantidades «desconocidas» y, por lo tanto, un estado determinado de equilibrio correspondiente a un conjunto dado de ciertos datos que vienen a ser estables bajo condiciones apropiadas, también han demostrado que las excepciones a esta determinación general son considerables. Incluso prescindiendo de casos como la posibilidad de que la curva de oferta de trabajo se fuerza hacia atrás<sup>1</sup> o como el caso del valor de la moneda en un sistema bimetálico sin tipos legales<sup>2</sup>, tenemos muchos casos en que no puede decirse que el equilibrio esté determinado. El caso en que la oferta y la demanda son a la vez inelásticas, es un ejemplo<sup>3</sup>. Puede decirse, por ejemplo, que la demanda interna de trigo en Estados Unidos es altamente inelástica dentro de un considerable intervalo del precio. Además, la oferta, aunque muy variable, es igualmente inelástica —si se permite aplicar estos términos a la oferta en aras

<sup>1</sup> Desde luego, esto no hace que el equilibrio sea enteramente indeterminado, sino que sólo hace que el sistema tenga varias soluciones diferentes, generalmente dos.

<sup>2</sup> No obstante, vale la pena subrayar, que no se da indeterminación cuando dos o más bienes circulan como moneda y cada transacción se concluye, específicamente, en uno de ellos. La inestabilidad sólo aparece si los contratos están en términos de dinero en general, de modo que los pagos puedan hacerse en cualquiera de aquellos bienes.

<sup>3</sup> Otro ha sido señalado por Wicksell, *Geldwert und Güterpreise*. Si los coeficientes de producción fueran constantes y no hubiera uso alternativo para los factores de la producción —estando fijadas además sus cantidades— entonces se daría indeterminación en sus participaciones en el producto. Aún se han discentido otros por parte de Marshall, Edgeworth, Taussig ("Is Market Price Determinate?" *Quarterly Journal of Economics*, 1921 y *Divisia Economique rationnelle*, 1928, página 410: Este caso de indeterminación sólo surge en ausencia de toda utilidad marginal verdadera del dinero. Ello ha sido puesto de manifiesto con anterioridad por el profesor Cassel y es, desde luego, fácilmente remediable.)

de la brevedad— dentro de intervalos de tiempo demasiado cortos para permitir la extensión o la reducción de hectáreas; y quizás esto pueda explicar, parcialmente, la inestabilidad de la agricultura en América.

Pero aunque abundaran las ilustraciones de este y otros casos, la determinación del equilibrio estático bajo condiciones de competencia es aún un hecho básico general y este equilibrio es estable con tal de que el precio de la oferta<sup>1</sup> —el precio de «disposición a vender»— sea una función creciente de la cantidad de producto. Esta condición se apoya en el hecho fundamental de que al extender la producción en cualquier industria dada, significa retirar cantidades de factores de producción de otros usos cada vez más «importantes», lo que, desde luego, no se muestra dentro de una sola empresa —dentro de una sola empresa en situación de competencia pura no se muestra nada más que la influencia del incremento del producto en el precio de la demanda— pero que la fuerza, al ser contrapuesta a la disminución de las utilidades marginales del producto, determina la distribución de los recursos entre las industrias. Hay, es cierto, un intervalo para prácticamente todas las industrias en el que esta condición no se cumple, debido a que la tendencia que trae consigo viene compensada con creces por el hecho de que los costes fijos se distribuyen entre un número creciente de unidades de producto. En la medida en que ocurre esto, no puede haber punto de equilibrio estable<sup>2</sup>. Pero su efecto necesariamente se agota y, por lo tanto, puede, con todo, surgir un equilibrio estable, aunque eventualmente puede haber, y a menudo habrá, una inestabilidad previa (de inestabilidad del tipo que origina lo que se llama «sobrepducción».

Cualquier otra causa de «costes crecientes» está excluida por la hipótesis estática, y la justificación para aceptar un arreglo así tal, es

<sup>1</sup> La tabla de precio de oferta a que aquí nos referimos es la serie de precios de oferta a que estarían disponibles las respectivas cantidades de productos, dados los métodos de producción actualmente en uso e incorporados a empresas dadas y bajo condiciones generales dadas la práctica mercantil. La tabla, por consiguiente, se refiere en un sentido obvio, a un punto en el tiempo. No toma, sin embargo, en cuenta lo que ocurre casualmente, como las situaciones momentáneas de los mercados, por una parte, y por otra no toma en cuenta más que los ajustes marginales, susceptibles de ser descompuestos en *partes infinitesimales*; podría así llamarse una tabla a corto plazo, o normal. Pero las objeciones a esto serían la implicación de la existencia de algún período largo normal y además, al acentuar que esta forma de expresión se apoya en el elemento temporal, mientras que lo importante no es el lapso de tiempo como tal, sino lo que sucede en él.

<sup>2</sup> Ni tampoco si en la figura familiar la curva de demanda corta negativamente la curva de oferta. Ya que, incluso así, interesaría a cada productor individual, quien *ex hypothesi* olvida la influencia de su propia acción sobre los precios, continuar produciendo en este caso. Mientras que esto continúa, se da un *movimiento* hacia el equilibrio (lo cual distingue fundamentalmente *este* caso de "rendimientos crecientes" de los demás), pero no el propio equilibrio. Mientras que otros casos del conjunto llamado "rendimientos crecientes" *vires aequivalunt vando*, y por tanto, pueden preparar el camino a un monopolio, aquél puede difícilmente hacerlo. Con todo, si puede presentar casos de costes crecientes para una industria como un todo en frente a la presencia de costes unitarios decrecientes en cada una de las empresas.

Sistema  
 económico  
 estable

que separa claramente diferentes conjuntos de fenómenos que necesitan un tratamiento diferente. Las innovaciones en los métodos productivos y comerciales, en el más amplio sentido de la palabra —incluyendo la especialización y la introducción de la producción a una escala diferente de la que antes era corriente— alteran obviamente los datos del sistema estático y determinan, tanto si tienen como no algo que ver con el «invento», otro cuerpo de hechos y problemas. Y así ocurre que parte de las «economías externas», que se presentan por casos tales como los periódicos comerciales, los servicios de homologación, la constitución de reservas comunes de materiales que van asociados con un gran mercado para ellos. Pido al lector que reserve su juicio sobre la exclusión de estas cosas hasta más adelante. Aquí sólo es necesario señalar que tendríamos que remarcar la naturaleza heterogénea de todos estos fenómenos en el mismo momento que los incluimos. En cualquier caso tendríamos que reconocer que no hay la «ley de los costes decrecientes» de la misma forma que, y simétricamente, a como la ley de los costes crecientes<sup>1</sup>. La relación de las dos, quizá puede verse mejor por medio de la analogía con el «lado de la demanda del problema». Empíricamente, es evidente que podríamos llegar, en muchísimos casos, a curvas de demanda que se inclinarían hacia arriba en vez de hacerlo hacia abajo (por ejemplo, las curvas de demanda del profesor Moore para los lingotes de hierro). Desde luego, hay muchísimos casos similares; el punto de especial interés en lo que se refiere a las curvas de lingotes de hierro, es el hecho de que su periodicidad es índice de los ciclos económicos. Pero no por eso da nadie menos importancia de lo que es universalmente considerado como la indicación «verdadera» de la curva de demanda teórica. Por el contrario, todos reconocen que lo que sucede en tales casos es un cambio —término que entendemos cubre inexactamente no sólo el

<sup>1</sup> Por ley de los costes crecientes podemos entender cuatro cosas enteramente independientes una de otra: primero, podemos entender, como hasta ahora, lo que es la misma esencia del proceso económico y, en realidad, sólo otra forma de exponer la ley de la satisfacción de las necesidades, que el significado de las dosis sucesivas de medios de producción que se incorporan a una industria debe siempre ir en aumento por la razón de que se sustraen, actual o virtualmente, de otras industrias. Segundo, como se señaló anteriormente, podemos entender que sucesivas dosis de cualquier factor de producción, aplicado a una cantidad constante de los otros, produce un incremento decreciente en el producto físico, si todo permanece igual, especialmente el método. El método más práctico para hacer uso de esta proposición es considerar una determinada planta a la que se incorporan a la vez un método de producción dado y un conjunto inelástico de costes suplementarios, y haciendo variar en un momento los elementos del coste directo. Este es, quizá, el mejor instrumento que tenemos para tratar con el trabajo rutinario de la dirección de una empresa individual. Tercero, no obstante, no tiene nada que ver con una comunidad que, en un proceso de expansión de la producción se ve conducido a explotar oportunidades productivas cada vez menos fecundas. Esto ha sido tratado correctamente en el agudo estudio del profesor Sraffa, "Relazioni fra costo e quantità prodotta", *Annali di Economia*, 1925, condensado en un artículo de *Economic Journal*, en diciembre de 1926 y comentado por el profesor Pigou en el número de junio de 1927. Y, cuarto, hay la profecía, a la que Ricardo debe el epíteto de pesimista, que la mejora (en la agricultura) de los métodos productivos será, con el tiempo, incapaz de compensar los costes crecientes en el segundo y tercer sentido, en caso de que la población continuara incrementándose.

desplazamiento sino también la distorsión— de las curvas teóricas, cada una de las cuales retiene su característica fundamental en obediencia a la «ley» para cuya representación han sido construidas, y cualquier curva que presenta una inclinación positiva es meramente una curva estadística<sup>1</sup> o histórica, *ajustada a través* de una familia de curvas teóricas sucesivas. Lo mismo se aplica —si se me permite, en aras de la brevedad, prescindir de las objeciones que presenta el hablar de algo tan dudoso— a las curvas de oferta. Sólo hay una curva de oferta teórica; y su inclinación es ascendente en todos los casos. Los cambios en los datos no la hacen inclinar hacia abajo, sino que la cambian, o más correctamente, la detienen<sup>2</sup> y hacen que empiece otra nueva. Y por medio de estos puntos de cambio —en todos los cuales estas curvas retienen su inclinación y significado— podemos, si lo elegimos así, ajustar curvas históricas que, ciertamente, se inclinarán con frecuencia hacia abajo. De hecho, no presentarán ninguna regularidad. Incluso, en algunos casos, puede que no sea muy fácil librarse de la desgracia de que los costes totales sean de hecho menores para una producción alta que para otra menor, pero los cambios en los datos, una vez admitidos, producirán a veces este resultado que, en circunstancias competitivas no podría explicarse, por la suposición de que se producirían cantidades mayores, pero serían parcialmente destruidas<sup>3</sup>.

No hay nada nuevo o sorprendente en limitar de este modo el alcance de esta parte de nuestro aparato analítico. En realidad, no hacemos más que resumir lo que ha sido una tendencia doctrinal in-

<sup>1</sup> La curva teórica, desde luego, puede determinarse estadísticamente sin dejar de ser una curva teórica, ya que la distinción anterior no se vuelve contra el hecho o la posibilidad de la determinación estadística, excepto en sí la curva expresa o ilustra un *teorema* o no, y adquiere, por tanto, una unidad lógica por contraposición a lo que podría llamarse una unidad "descriptiva". Ahora estoy lejos de sobrevalorar la importancia de esta distinción. Por una parte, la propia teoría es sólo un modo de describir hechos; por otra, cualquier unidad descriptiva puede convertirse, algún día, por algún progreso del análisis, en una unidad lógica (de hecho, la frontera entre ambas cambia continuamente con el progreso de la ciencia. Pero ésta no es razón para simplemente ignorarla y relacionar cosas que no están en el mismo plano.

<sup>2</sup> Esto se relaciona con otra distinción, cuya importancia se ve mejor por medio de un ejemplo: La teoría del interés de von Böhm-Bawerk acentúa la importancia del proceso de producción "indirecto". Pero no es la marcha de la producción de un nivel dado de "rodeo" lo que importa, sino el *acto de introducir* un mayor "rodeo". Se da una caída repentina —discontinua, irregular, "impredecible" e "históricamente" única por su naturaleza— en los costes, en el momento en que la producción empieza con su naturaleza — en los costes, en el momento en que la producción empieza con el nuevo plan (en cualquier nuevo plan acertado, poco importa si implica o no rodeos), pero en su transcurso no hay ulteriores y continuos ahorros de coste por unidad de producto. Generalizando: los cambios en los datos pueden representarse por líneas que relacionan el desplazamiento y la dispersión de las curvas teóricas. Si son pequeñas y frecuentes, estas líneas pueden parecerse a nuestras curvas. Pero nunca son curvas teóricas y, en este sentido, no tienen ningún significado teórico.

<sup>3</sup> Cf. H. Schultz, "Theoretical Considerations Relating to Supply", *Journal of Political Economy* de 29 de agosto, pág. 441. Por lo tanto, la suposición

de que  $\frac{dy}{dx} > 0$  continúa siendo arbitraria, a no ser que se refuerce con el criterio de Cunyngame de que:  $\frac{d^2y}{dx^2} > \frac{y}{x}$ .

quívoca permanente, desde que empezó a reconocerse; primero, que los costes crecientes en el sentido de que el esfuerzo productivo aplicado a una cantidad constante de uno de los factores obtiene un resultado físico decreciente, no es ninguna peculiaridad de la agricultura, sino un fenómeno general (un fenómeno que, dadas las mismas condiciones, se aplica a todas las clases de producción y que, dadas otras condiciones, no se aplica siquiera a la agricultura); segundo, de que funciona una tendencia más fundamental a hacer que las segundas demandas del coste total respecto al producto sean positivas, tendencia que no tiene nada que ver con la ley física de los «rendimientos decrecientes», de donde surge la dificultad en llenar ciertas cajas vacías. Estamos simplemente afirmando con convicción, por una parte, lo que nos parece que es el verdadero fenómeno del coste real y, por otra parte, lo que nos parece que es el significado a la vez de la «estética» económica y la naturaleza del equilibrio estático. Intentaré demostrar en un pie de página<sup>1</sup> que esto está perfectamente de acuerdo con la dirección fundamental del análisis marshalliano.

<sup>1</sup> Marshall, en realidad, protesta repetidamente contra las limitaciones del aparato estático (cf. especialmente en una carta suya al profesor John B. Clark). Ahora, si fuera cierto razonar con él es «demasiado distante de la vida para ser útil», entonces, la mayor parte del análisis de los *Principios* sería inútil (como lo sería la mayor parte de toda ciencia exacta) ya que el análisis marshalliano se apoya tanto en suposiciones estáticas como la estructura del profesor Clark. Pero esto no es verdad. No hay nada indebidamente abstracto en considerar que los fenómenos que inciden sobre el proceso de la vida económica están en condiciones dadas *tamen sy hunselles*. Por el contrario, ello significa dar a esta clase de problemas el tratamiento que requieren. Y el propio Marshall ha contribuido sustancialmente a la perfección de este tratamiento al forjar instrumentos de tanto valor como su excedente del consumidor y su cuasi-renta. Además, ha hecho uso de consideraciones estáticas tanto en la teoría de la distribución como en los fundamentos de sus *catallacti*: de hecho, en un punto decisivo, cuando tratando de sutilezas que exigen un análisis riguroso, ha limitado sus argumentos a los costes crecientes. Finalmente, él mismo ha insistido en la irreversibilidad y en las dificultades peculiares de una curva de oferta inclinada hacia abajo y al hacerlo viene a decir, aproximadamente, lo mismo que se ha dicho anteriormente. La lealtad a la tradición, la aversión a parecer demasiado «teórico» —que en él tiene mucho peso— y aquella tendencia suya a la que, en otros aspectos, debemos mucho, de tomar atajos en los problemas de la vida práctica, puede justificar que no haya dado el último paso, por lo que no podemos más que estar de acuerdo con Keynes en considerar satisfactoria la última parte de su análisis, acompañada con éxito por el profesor Sraffa. Esto trae consigo una cadena de consecuencias, pero fundamentalmente lo que hemos dicho no es sino un desarrollo de una tendencia, cubierta ciertamente por otras cosas, pero presente en sus *Principios*.

Podemos añadir el peso de la autoridad del profesor Pigou. Ya que, en el artículo citado en una nota previa, por motivo de la «coherencia lógica» de la función de coste, excluye el conjunto de estos fenómenos que también nosotros nos proponemos excluir por la misma razón. En realidad, también rechaza lo que hemos llamado la ley fundamental del coste ( $d^2(x) > 0$ ). Pero esto lo hace sólo con la base técnica de que es «imposible construir una función de coste» en el caso de que puedan ocurrir cambios en los valores relativos de los factores de la producción y como consecuencia de los cambios en la escala de producción de una industria. Por otra parte, no rechaza enteramente las economías externas. Pero lo que retiene de ellas son simplemente las «variaciones de los costes agregados asociadas con y debidas a variaciones en la escala del producto» (página 180); y si, como debemos, insertamos en esta frase la palabra «automáticamente», se encontrarán muy pocos casos, si es que hay alguno, que responda al criterio, como ha puesto de manifiesto el profesor Young (*Quarterly Journal of Economics*, agosto de 1913, página 678). Desde luego la expansión y la introducción de mejoras están íntimamente aliadas en la vida real. Pero como intentaremos explicar en el texto, la causa principal es la

3. Sin embargo, parece haber otras fuentes de inestabilidad debidas a la indeterminación dentro de los límites del sistema «estático». Por consentimiento universal, el monopolio único da lugar a un equilibrio determinado y estable pero, según autores muy importantes, no pueden darlo el duopolio y el monopolio múltiple o, en general, el caso en el que las empresas pueden tener y de hecho tienen en cuenta su propia influencia sobre el precio. Son bien conocidos el tratamiento de Cournot y las objeciones surgidas en contra, primero, por Bertrand y luego por Edgeworth. Como que este caso no sólo es más importante en la práctica que tanto los casos de competencia «libre, pura o simple», por una parte, como el de monopolio único, por la otra, sino que es también el más general en sentido teórico —ya que la hipótesis de la competencia es, en el fondo, una condición adicional y, en gran manera, una especie de muleta— la brecha en nuestro muro parecía bastante seria. Knut Wicksell, al aclarar esta materia ha prestado uno de los últimos entre los muchos servicios que ha rendido a la ciencia<sup>1</sup>.

que va desde la introducción de mejoras a la expansión y no puede tratarse de un modo totalmente adecuado con el análisis estático. Si esto fuese correcto, la posición del profesor Pigou estaría realmente próxima a la recogida en el texto, si el lector tiene en cuenta el hecho de que las economías, antes de convertirse en «externas», deben ser generalmente internas en alguna empresa o empresas de la misma industria o de otra.

Además, con lo que he dicho, no intento poner objeciones a los intentos de determinar estadísticamente funciones de coste. Soy, por el contrario, un humilde admirador del trabajo de pionero hecho por el profesor H. L. Moore y sus seguidores, aunque también me permito poner de manifiesto que el hablar de «equilibrio en movimiento» puede llevar a engaño ante el hecho de que lo que realmente sucede es la *destrucción* de los equilibrios en el significado recibido de este término.

<sup>1</sup> Es a disgusto que contradigo la gran sombra de Edgeworth. Pero no parece haber ninguna garantía al aceptar la indeterminación en el caso de lo que el profesor Pigou llama «competencia monopolística». Teniendo en cuenta sólo el caso límite, el del duopolio, que puede fácilmente generalizarse, y suponiendo que ambos competidores están exactamente en la misma posición, estamos, primero, en presencia del hecho de que no pueden dejar de darse cuenta de su situación. Pero entonces se sigue que ellos encontrarán y se adherirán al precio que maximice la renta del monopolio para ambos conjuntamente, como tendrían que repartirse, en ausencia de cualquier preferencia de los consumidores para uno de ellos, la renta de monopolio que hubiera, cualquiera que fuera el precio. El caso no difiere mucho del caso de la combinación consciente —en principio— y está exactamente tan determinado como éste. La única alternativa que se presenta, en ausencia de cualquier esperanza de expulsar del mercado al competidor, se «visualiza» mejor partiendo de un monopolista que controla el mercado e introducir entonces, un segundo monopolista (procedimiento de Cournot). Es tal vez más «realista» suponer que el primer monopolista no cederá fácilmente al recién llegado, como últimamente le concedería la unidad de un mercado, sino que este último tendrá que forzar su entrada. Este caso está igualmente determinado, como ha mostrado Wicksell en su artículo sobre el «Groundwork» del profesor Bowley (*Ekonomisk Tidskrift*, 1925, y *Archiv für Sozialwissenschaft*, 1927). Tomando como unidad de precio  $p$ , aquel precio en el que la cantidad de producto sería cero  $y$ , similarmente, como unidad de la cantidad vendida  $x$ , aquella cantidad de la que podría disponerse si el precio fuese cero (Edgeworth), tenemos que  $p = 1 - x$ . Un único monopolista, si no hay costes, maximizaría  $px$  y elegiría un precio de  $1/2$ , vendiendo  $1/2$ . El segundo, teniendo que enfrentarse a esta situación, obviamente maximizaría su protección,  $x$ , multiplicada por el precio, que es:  $x^2$   $p = x^2 (1/2 - x/2)$ , y, por tanto, vendería  $1/4$ . Con lo cual, el primero tendría que ajustar su protección  $x/2$  y obtener  $3/8$  y así sucesivamente. Esto conduce finalmente a un límite en el precio de  $1/3$ , entonces cada uno de ellos vende  $1/3$ , siendo el precio más elevado y la cantidad vendida más pequeña de lo que serían bajo condiciones de competencia. No hay nada absur-

La forma más simple del segundo caso de lo que llamo «precios corresponsivos» surge por el intercambio entre dos monopolistas. Es de nuevo el profesor Edgeworth, con su autoridad, quien justifica la casi aceptación universal de este punto de vista (primero lo expuso en sus *Mathematical Psychics*) de que hay indeterminación del precio dentro de un intervalo (en la curva de contrato) que, en general, debe ser considerable. Incluso llegó a describir como un caos el estado de cosas en un mundo económico *trustificado*. Aquí, por tanto, se da paso a una rica fuente de inestabilidad. Naturalmente, cualquier teórico podría intentar conectar las inestabilidades que ve con esta posible explicación de ellas. Tampoco podemos contestar señalando el hecho de que los precios fijados por los *trusts* tienen, en muchos e importantes casos, una fluctuación mucho menor de lo que podría esperarse bajo condiciones competitivas; pero fuerzas no económicas, por ejemplo, la presión de la opinión pública o el miedo a la acción del gobierno, podrían explicarlo. Y la autoridad del profesor Edgeworth ha sido reforzada por la autoridad no menos sólida del profesor Pigou.

Vemos, ahora, perfectamente, que en este caso, tal como en el caso del monopolio unilateral, hay mucha menos *garantía* de que se imponga de hecho una tendencia hacia el equilibrio de precios actualmente que se imponga. Tenemos mucha menos razón de esperar que los monopolistas cargarán, en cualquier caso, un precio de equilibrio, que la que tenemos en el caso de la competencia perfecta, ya que los productores en competencia *deben* cargarlo, como una regla bajo pena de muerte económica, mientras que los monopolistas, aunque tengan *motivo* para cargar el precio del equilibrio monopolístico, no están obligados a hacerlo, sino que lo pueden tener prohibido por otros motivos. Además, es también bastante cierto, que cosas tales como la fanfarronería, el uso de la fuerza no económica, el deseo de poner de rodillas a la otra parte, son mucho más posibles en el caso de monopolio bilateral —como lo son los métodos de lucha a muerte en el caso de la competencia limitada— que en un estado de competencia perfecta.

Pero hay algo más que un interés académico al afirmar que en este punto nuestra teoría no se desbarata. El equilibrio está deter-

do en ello. No puede objetarse que ninguno de los dos competidores se justifique por suponer que decidiendo en cuánto ajusta su producción, confiará en ella. Como que tal suposición no está realmente implicada, el argumento anterior sólo apunta a describir el proceso de *tâtonnement*, fuera del cual, el precio de equilibrio está finalmente obligado a aparecer y las cosas permanecerían sustancialmente iguales si no se dieran algunos de los pasos tal como el equilibrio en competencia perfecta no aparece necesariamente por cada uno de los pasos teóricos, ofreciendo un precio que, actualmente, tenga lugar en la práctica. Ni tampoco puede decirse que los dos monopolistas intentarían, al alcanzar lo que hemos llamado el precio de equilibrio, volver a dar sus pasos. Ya que ninguno de ellos lo haría tan fácilmente sin perder sus clientes. Sólo podrían hacerlo juntos (el caso se convertiría en uno de monopolio simple). Al mismo resultado ha llegado, independientemente, el Dr. Chamberlin en su *Monopolistic Competition*, que aún no se ha publicado.

minado también en este caso, incluso si tomamos un caso tan extremo como un sindicato que incluye a todos los trabajadores de un país, completamente seguro de la lealtad de sus miembros, capaz de prevenir la emigración del extranjero o de otro estrato de la sociedad, y una unión patronal construida similarmente. Si suponemos que cada parte tiene una curva de demanda monopolística definida y conoce la curva de la otra; que cada parte quiere conseguir las mejores condiciones que pueda —los sindicatos ofreciendo cantidades variables de mano de obra y proporcionando medios para aquellos de sus miembros que puedan tener que estar en paro— sin intentar alcanzar victorias o infligir derrotas; y que el contrato es de cubrir el período total considerado (la condición *uno actu*), entonces el punto de intercambio entre las partes está perfectamente determinado, y *no* sólo el intervalo dentro del cual habrá intercambio. Podría ser indeterminado sólo por razones que harían que el caso fuera también indeterminado en la competencia. Tampoco puede considerarse que los supuestos aludidos están muy lejos de la realidad. Están, en todo caso, más próximos a la realidad que los supuestos implicados en la idea de competencia teóricamente perfecta. Por ejemplo, es mucho más común que lo que los observadores cuya atención está naturalmente centrada en casos anormales creen, el que los patronos y obreros se encuentren en la estructura mental que se supone, y que vean con recelo todos los riesgos económicos, políticos y sociales de aguantar un conflicto que puede resultar un mal negocio incluso en caso de éxito. Por el procedimiento del método de *prix crié par hazard*, de Walras o, simplemente, comparando las dos tablas puestas una frente a la otra, se verá con demasiada facilidad el que nuestra afirmación se sostiene, para que sea necesario demostrarla formalmente<sup>1</sup>.

4. Así, hay bastante más estabilidad<sup>2</sup> sobre el sistema económico de lo que se esperaría basándose en la mayoría de las afirmaciones tajantes. Pero la medida en que se da depende enteramente de la naturaleza de la otra restricción que hemos introducido junto con la hipótesis competitiva ahora descartada: el «estado estático»,

<sup>1</sup> El bien conocido aparato de Edgeworth, comúnmente usado para probar lo contrario, muestra simplemente que los *elementos que describe* no son suficientes para determinar algo más que un intervalo. El profesor Bowley, en su "Groundwork", llega, tratando el caso de un patrón y de un trabajador, al resultado de la incompatibilidad entre los máximos respectivos, sólo porque supone que el trabajador podría producir el producto por sí mismo. El "Groundwork", no obstante, contiene dos acercamientos muy sugestivos al problema del monopolio universal, el uno incluido en una nota que lleva aquel título y conduciendo el otro al teorema de que se da determinación en el caso de que *o bien* los productos *o bien* los factores (pero no ambos) estén monopolizados. Argumentos análogos a los de nuestro texto pueden mostrar que, en este caso, también se obtiene la misma clase, por lo menos, de determinación.

<sup>2</sup> Esta estabilidad es de la misma naturaleza y una prueba exacta es del mismo valor, que la estabilidad de cualquier otro sistema exacto. Desde luego, en el fenómeno actual es compatible con una gran medida de inestabilidad. Parte de esta inestabilidad no es importante tanto para propósitos teóricos como prácticos: la otra parte, aunque es importante en la práctica, no

que definimos por un distinguible conjunto de hechos y por un aparato analítico o punto de vista teórico. El conjunto de hechos consiste en el total de las operaciones que forman la esencia del siempre recurrente proceso circular de la producción y del consumo y que forman un todo completo. Decir que este proceso no puede considerarse independientemente del crecimiento o, en general, del cambio, no es una objeción válida. Porque puede serlo. Tal como la circulación de la sangre de un niño, aunque funciona en concurrencia con su crecimiento o, digamos, el cambio patológico en sus órganos, puede, con todo, separarse y tratarse como un fenómeno real distinto, de modo que el proceso circular fundamental puede separarse y tratarse como un fenómeno real distinto, *todo analista*<sup>1</sup> y *todo hombre de negocios, lo trata realmente así* (este último, dándose cuenta de que una cosa es calcular el gasto y la renta de un edificio en determinadas circunstancias y otra formarse una idea sobre las expectativas, los inquilinos, o bien, que una cosa es controlar un edificio existente y otra derribarlo y reemplazarlo por otro de distinta clase). Tampoco es inútil nuestra analogía con la circulación de la sangre, ya que el primer análisis completo del proceso económico estático de Quesnay se inspiró, directamente, en el descubrimiento de Harvey. El aparato analítico o el punto de vista teórico de la estática viene presentado por el concepto de equilibrio determinado, cuyo uso, no obstante, no está absolutamente limitado a la explicación del proceso circular, ya que ocurren equilibrios temporales fuera de este proceso.

Como que a la teoría estática le corresponde un conjunto de hechos que forman un todo coherente y son, en muchos casos, susceptibles de tratamiento estadístico separados del resto, el estado es-

es interesante en una discusión de principios; no obstante, hay aún otra que tiene, como hemos visto, importancia a la vez práctica y teórica. Ninguno de estos grupos de casos afecta a la importancia fundamental de la prueba exacta de la estabilidad en el sentido entendido, como sería obvio en cualquier lugar, excepto en economía, donde debe aún superarse la esterilidad que comporta la prevalencia del interés por los "problemas prácticos" y donde el refinamiento científico es aún un oprobio. Pero debe tenerse en cuenta que nuestra adaptación excluye todos los casos importantes de equilibrio determinado, pero inestable. Para el argumento anterior, por tanto, y dentro de nuestro significado de los términos, la determinación implica la estabilidad económica bajo condiciones estáticas; aunque desde luego, estas dos cosas lógicamente no coinciden y siempre requieren probarse por separado. El camino más corto para darse por satisfecho en este punto, es el de verificar la afirmación que de todos los casos de equilibrio conocidos por el análisis marshalliano, sólo permanece el equilibrio estable (aparte de los equilibrios casuales que ocurren durante el proceso del *laissez-faire* walrasiano) para una teoría estática como la definida anteriormente. La prueba correcta de esta estabilidad no se ha dado hasta ahora, pero no parece que deba encontrarse con ninguna dificultad importante.

<sup>1</sup> Desde luego, sólo una minoría de economistas conocen el hecho. Y algunos de los que lo conocen, echan a perder el filo del instrumento al hablar de un estado "estacionario". Algunos de éstos, además, construyen un estado de progreso armónico para llenar el terreno entre la "estática" y lo que está fuera de ella demasiado obviamente. No hay objeción a una construcción así. Pero no siempre se reconoce que, por el hecho de que esto implica considerar períodos largos, lo "normal", que le corresponde, es mucho más atrevido y una abstracción es mucho más peligrosa que la estática.

tático no es meramente un artificio metodológico y menos aún un artificio pedagógico. Y su alcance está muy ampliado por el hecho de que no es un estado de reposo. En primer lugar, no es evidentemente un estado de ausencia de movimiento, como lo implica el flujo siempre cambiante de bienes de consumo y de servicios productivos, aunque se considera que este flujo se produce bajo condiciones sustancialmente invariables. Pero, segundo, las condiciones no necesitan ser enteramente constantes. Podemos permitir oscilaciones estacionales. Podemos también, sin abandonar los límites de la estática, permitir variaciones casuales con tal de que la reacción a estas variaciones sea simplemente adaptativa, en el sentido de una adaptación *capaz de obtenerse por pasos infinitesimales*. Y podemos, finalmente, tratar el fenómeno del simple crecimiento de la población, del capital y, consecuentemente, de la renta nacional. Ya que estos cambios ocurren continuamente y la adaptación a ellos es esencialmente continua. Pueden *determinar* cambios discontinuos; pero no los producen directamente por su simple presencia. Lo que sí producen automáticamente son sólo variaciones en el margen<sup>1</sup>. Por ejemplo, el incremento de la población, por sí solo, tenderá simplemente a abaratar el trabajo y el diagnóstico del estado de cualquier nación particular, en cualquier momento particular del tiempo, tendrá que reconocer esto como un elemento de la situación real y distinto, aunque puede ser una gran medida compensado por otros factores. De esto se deduce que el simple crecimiento no es, por sí mismo, una fuente de inestabilidad sea del sistema, o bien del orden capitalista, dentro de los significados que en este artículo hemos dado a la estabilidad. Esto acaba con alguna, si no muchas, teorías de «desproporcionalidad» pasadas y presentes, y es una ayuda adicional para la «localización» de las causas de la inestabilidad.

## II. La estabilidad y el progreso

5. Esto muy bien podría ser todo: La vida económica, o el elemento o aspecto económico de la vida social puede muy bien ser esencialmente pasiva y adaptativa y, *por tanto, esencialmente esta-*

<sup>1</sup> Aunque, por lo tanto, estas influencias tampoco actúan dentro de un estado dado de equilibrio y no tienden hacia un centro de gravitación dado, sino que desplazan este centro e impulsan hacia adelante al organismo económico, apartándolo de la antigua posición, el aparato estático es admirablemente competente para tratarlos. El tratamiento de tales cuestiones ha sido llamado "dinámica" por algunas autoridades, entre las cuales la más eminente fue E. Barone. Tal vez sería mejor omitir enteramente los términos de estática y dinámica. Ciertamente, son nombres inapropiados cuando se usan en el sentido que les damos en el texto, y hay que poner cuidado en no entenderlos como análogos con sus significados en la mecánica y en no confundir los diferentes significados que les atribuyen los distintos autores. Supongo que todos los significados distintos se remontan a John Stuart Mill, quien debe la sugerencia a Comte, quien, por su parte, reconocía su deuda con el zoólogo de Blainville.

ble en sí misma. El hecho de que la realidad está llena de cambios discontinuos puede no ser una prueba en contra, ya que tales cambios podrían explicarse sin absurdidad por influencias externas, que perturban los equilibrios que, en ausencia de estas influencias, se conseguirían o cambiarían sólo por pasos pequeños y determinados a lo largo de lo que hemos llamado crecimiento continuo. Incluso así, evidentemente, podríamos ajustar líneas de tendencias entre los hechos que se sucedieran históricamente unos a otros pero serían expresiones simplemente de lo que ha sucedido, no de las distintas fuerzas o mecanismos; serían expresiones estadísticas, no teóricas; tendrían que interpretarse en términos de acontecimientos históricos particulares, tal como el despertar de nuevos países en el siglo XIX, que actúan sobre una tasa dada de crecimiento (y no en términos de funcionamiento de un mecanismo económico *sui generis*). Y si el análisis no pudiera detectar ninguna fuerza económica pura dentro del sistema que apuntara hacia cambios cualitativos y discontinuos, estaríamos evidentemente dirigiéndonos a esta conclusión<sup>1</sup>, a la que nunca puede faltar verificación, ya que siempre hay influencias externas que señalar y que en cualquier caso, gran parte de los hechos de desequilibrio deben ser explicados en gran medida haciéndolo en ellas, tanto si contienen como no alguna pieza definida del mecanismo no estático.

Ahora bien, es siempre inseguro y a menudo puede ser falso atribuir a cualquier autor o grupo de autores dado, opiniones bien definidas sobre todos los procesos sociales, cuyo diagnóstico siempre debe en gran medida apoyarse en una visión de la sociedad, por contraposición a argumentos demostrables. Pues ningún autor o grupo de autores, al reconocer muchos elementos heterogéneos, pueden servir de ayuda, y siempre es fácil citar pasajes para probarlo. El tratamiento de la historia del análisis del valor de los costes y del

<sup>1</sup> En realidad, esto es lo que viene a significar la posición de nuestras más altas autoridades. Es ciertamente la posición de Ricardo y la de John Stuart Mill, cuyas discusiones del "progreso" se refieren principalmente al crecimiento de la población y del capital, ocasionalmente afectadas por el perfeccionamiento de los métodos de producción, que de paso los consideran como una perturbación del curso normal de las cosas. Tal es, también, la posición de Walras, o en esta cuestión, de Böhm-Bawerk, los cuales parecen convencidos de que todas las cosas de naturaleza puramente económica deben necesitar ajustarse a un cuerpo de doctrina homogénea, que en Walras es francamente "estática", mientras que Böhm-Bawerk siempre rechaza la concepción estática, precisamente porque ésta excluye algunas cosas que aún son indudablemente "economía pura". John B. Clark es la única excepción prominente, pero Marshall, aunque abrazando, dentro de sus anchos horizontes, todos los elementos esenciales de una teoría distinta de la "dinámica", todavía los introduce por la fuerza en una estructura sustancialmente "estática". El autor de estas líneas cree que algunas de las dificultades y controversias consiguientes al argumento del profesor Pigo, en su *Economics of Welfare*, pueden derivarse de la misma fuente, y su trabajo sobre *Industrial Fluctuations* es un monumento a la visión de que la vida económica es esencialmente pasiva por sí misma, estando continuamente perturbada y propulsada por "impulsos iniciales" que vienen del exterior.

interés, proporciona ejemplos al respecto<sup>1</sup> y debe dejarse a criterio del lector que forme su propia opinión sobre si es correcta o no nuestra formulación en este punto de lo que nos parece doctrina recibida. La expansión industrial que se asocia automáticamente, y se amolda al crecimiento social general —cuyas fuerzas puramente económicas más importantes son el crecimiento de la población y del ahorro— es el hecho básico en el cambio económico, la evolución o el «progreso»; se desarrollan las necesidades y las posibilidades; en respuesta, la industria se expande y esta expansión, comportando automáticamente en su despertar una especialización creciente y facilidades ambientales, explica el resto, al cambiar continuamente y orgánicamente sus propios datos.

En varios puntos aparecen fundamentos para disentir de esta opinión, pero quiero despejar objeciones con el fin de hacer resaltar la objeción. Sin ser falsa es inadecuada cuando se la considera como una proposición que resume la historia económica de, digamos mil años<sup>2</sup>, y es incluso engañosa cuando se entiende que es una descripción de aquel mecanismo de la vida económica cuya explicación es tarea de la teoría económica, y no es una ayuda sino un obstáculo, para entender los problemas y fenómenos asociados a este mecanismo. Puesto que la expansión no es ningún hecho básico, capaz de representar el papel de una causa, sino que él mismo es el resultado de una «fuerza económica» más fundamental, que explica a la vez la expansión y la cadena de consecuencias emanantes de ella. Esto se ve mejor fraccionando el fenómeno completo del crecimiento industrial general en la expansión de las industrias individuales en que consiste. Si hacemos esto para el período del capitalismo predominantemente competitivo, en cualquier momento dado nos encontramos realmente, con una serie de casos en que industrias enteras y empresas individuales son arrastradas por la demanda que les viene desde fuera y que las expande automáticamente; pero

<sup>1</sup> Incluso dentro de los estrechos límites de problemas como éstos, se ha convertido en una moda —tal vez, una reacción justificada contra vicio opuesto— al interpretar a los autores antiguos con tanta amplitud como para hacerles "ver" todo y no decir nada preciso, y el fracasar el año ante otros modos distintos de expresar sus opiniones considerándolos mezquinos. No obstante, sugiero: primero, que mientras que esta actitud es correcta al evaluar teóricos individuales —con tal que se conceda a todos la misma amplitud generosa— no es útil para mostrar claramente las características; segundo, que el mero "reconocimiento" de un hecho no significa nada, si el hecho no está unido con el resto del argumento y teniendo para hacer trabajo teórico.

<sup>2</sup> Diferentes conjuntos de problemas requieren diferentes distancias de los objetos de nuestro interés; y diferentes proposiciones son ciertas a distancias diferentes y a diferentes niveles del argumento. Así, por ejemplo, para una cierta forma de describir el proceso histórico, la presencia de un jefe militar de la capacidad de Napoleón puede decirse que es una causa importante, mientras que para un estudio más lejano, sin entrar en detalles, puede perfectamente no tener ninguna importancia. Nuestro aparato analítico consiste en piezas heterogéneas, cada una de las cuales funciona bien en algunos de los posibles "niveles" del argumento y de ningún modo en los otros; y pasar esto por alto es una fuente importante de nuestras controversias y, algunas veces, la única.



esta demanda adicional prácticamente siempre precede, como un fenómeno secundario<sup>1</sup>, de un cambio primario en alguna otra industria —primero de la textil, después de la del hierro y el vapor, más adelante de la electricidad y la industria química— que no *sigue*, sino que *crea* la expansión. Aquélla, expansiona, primero —y

<sup>1</sup> Podemos enumerarlos convenientemente, anticipándonos en parte y en parte repitiéndolos, los tipos más importantes de estos fenómenos secundarios que, afirmamos, son los únicos que considera la opinión recibida, olvidando el fenómeno primario, y que, sin la presencia del primario, no estarían totalmente ausentes, aunque sí casi totalmente.

1) La expansión de algunas industrias provocada por la expansión primaria en las otras, como se manifestó anteriormente; si se establece una nueva empresa, a su alrededor se expansionarán los negocios de los tenderos y también los productores de artículos subsidiarios. *La expansión de todas las industrias que no presentan ninguna interrupción en su funcionamiento durante el tiempo considerado debe explicarse así.*

2) Si se produce el cambio primario al mejorar los instrumentos de producción éste expansionará naturalmente a las empresas que los usan. Esto debe tenerse en cuenta al juzgar el éxito relativo de los ferrocarriles de propiedad estatal arrendados a empresas privadas, que introducen en ellos motores, accesorios, etc., mejorados.

3) Cualquier cambio dado parte de un medio ambiente dado y sería imposible sin las facilidades que en él encuentra. Pero todo medio ambiente dado incorpora el resultado de cambios primarios previos y, por consiguiente, no puede tomarse excepto dentro de la teoría estática como un dato básico que actúa autónomamente, sino que él mismo es, en gran parte, un fenómeno secundario.

4) También lo es, en gran parte, lo que hemos llamado crecimiento. Esto está especialmente claro en el caso cuyo montante sería mucho menor en ausencia de su fuente más importante, los beneficios de los empresarios. También es cierto en el caso del incremento de la población, y la expansión inherente a lo que quedaría de crecimiento en ausencia del cambio primario, pronto quedaría apagada por la luz (física) de los rendimientos decrecientes actuando prontamente. *Esta es, pues, la razón principal por la que pensamos tan poco en la importancia autónoma —por contraposición a la secundaria— de las economías externas que trae consigo la simple expansión y en lo que queda de los rendimientos crecientes, si excluimos todo lo que es primariamente o secundariamente debido a la causa que vamos a considerar inmediatamente.*

5) La evolución industrial inspira la acción colectiva con el fin de forzar el mejoramiento de los estratos letárgicos. La acción del gobierno en el continente para mejorar los métodos de la agricultura de los campesinos era, y es, de esta clase. Esto no es "secundario" en el sentido que nosotros lo entendemos, pero si llegara a crear economías externas por influencias no económicas, sería debido principalmente a algún logro previo conseguido en alguna industria privada.

6) Un cambio primario con éxito, es seguido por una reorganización general dentro de la misma industria, y cada vez más empresas distintas siguen la dirección de algunas, en razón tanto de los beneficios a ganar como de las pérdidas a temer. Durante este proceso, lo que al principio han sido economías internas de los líderes pronto se convierten en economías externas para las restantes empresas, cuya conducta no necesita ser distinta a la adaptación pasiva (y expansión) a lo que *para ellas* es una ventaja ambiental. Pero para nosotros, observadores, considerar este proceso como de adaptación al ambiente que se expande es omitir el punto sobresaliente.

7) Inherentes a todos los fenómenos considerados se encuentran, entre otras cosas, las ganancias secundarias que van a parar a todo tipo de agentes que no ofrecen ninguna iniciativa. Sin embargo, se da otra iniciativa, secundaria, estimulada por la posibilidad de que tales ganancias sean posibles —extensión de los negocios, transacciones especulativas, etc., calculadas para asegurarlas—. La elevación y descenso periódico del nivel de los precios —como veremos, una pieza esencial en el mecanismo del cambio de la competencia capitalista— en su despertar traen consigo extensiones y solicitudes —para financiarlas— de crédito, debidas simplemente al hecho de que los precios suben, y que amplifican en mucho el fenómeno. Y, por regla general, los observadores se dan cuenta mucho más claramente de este fenómeno secundario que del fenómeno primario que lo hace surgir.

Nuestro análisis no pasa por alto ni niega la importancia de estas cosas. Por el contrario, pretende mostrar su causa y su naturaleza. Pero en una afirmación de principios fundamentales encerrada en un espacio tan corto, éstas no pueden destacarse en el cuadro.

por iniciativa propia— su producción; con eso crea una expansión de demanda para sus propios productos, y en consecuencia, para los relacionados con ellos, y la expansión general del campo que observamos —incluido el crecimiento de la población— es el *resultado* de ello, como puede verse tomando cualquiera de los casos notables del proceso, como la elevación del transporte por ferrocarril. La forma en que se ha presentado cada uno de estos cambios ofrecen fácilmente una afirmación general; es por medio de nuevas combinaciones de los factores de producción existentes, incorporados a nuevas plantas y, típicamente, nuevas empresas que producen nuevos bienes, o mediante un método nuevo —es decir, no intentado aún— o para un nuevo mercado, o bien que compran los medios de producción en un nuevo mercado. Lo que llamamos, poco científicamente, proceso económico, significa esencialmente destinar recursos productivos a usos *hasta ahora no intentados en la práctica* y retirarlos de los usos a que venían aplicándose. Esto es lo que llamamos «innovación».

// Lo que importa para el tema de este estudio es simplemente el carácter esencialmente discontinuo de este proceso que no sirve para ser descrito en términos de una teoría del equilibrio. Pero podemos convenientemente llegar a esto insistiendo por el momento, en la importancia de la diferencia entre esta opinión y lo que he llamado la opinión recibida. La innovación, a no ser que consista en producir e imponer al público un nuevo bien, significa producir a menor coste unitario, interrumpiendo la antigua «tabla de oferta» y empezando una nueva. Es bastante superfluo el que esto se haga utilizando o no un nuevo invento, ya que, por una parte, en ningún momento el almacén de conocimiento científico ha rendido todo lo que podía en el campo del perfeccionamiento industrial, y por otra, no es el conocimiento lo que importa, sino el solucionar con éxito la *tarea sui generis* de poner en práctica un método no probado (puede que no haya, y a menudo no hay, ninguna novedad científica implicada de ningún modo, e incluso si hubiera alguna implicada, no haría que la naturaleza del proceso fuera diferente). Y al insistir en el invento, no sólo subtrayáramos un punto irrelevante —irrelevante para nuestro tipo de problemas, aunque en otro caso, tan relevante como, digamos, el clima —y nos apartaríamos, por tanto, del relevante sí, que también estaríamos obligados a considerar los inventos como un caso de economías externas<sup>1</sup>. Ahora, esto oculta parte de la misma esen-

<sup>1</sup> Hay otro punto que se presenta en el tratamiento usual de estas cosas. Posiblemente nadie puede negar que estas grandes interrupciones en la actividad industrial, que de cuando en cuando cambian los datos de la vida económica, existen y son relevantes. Marshall, por lo tanto, distingue éstas, a las que llama inventos "sustantivos" y que trata como hechos imprevistos que actúan desde fuera, al modo de, digamos, los terremotos, de los inventos que, consistiendo en aplicaciones más obvias de los principios conocidos, puede esperarse que surjan a consecuencia de la propia expansión. El profesor Pigou, en el artículo citado con anterioridad, insiste en esta distinción. No

cia del proceso capitalista. Este tipo de economías externas —y, de hecho, casi todos los tipos, incluso la revista comercial, a menos que sea producto de la acción colectiva, debe ser negocio de alguien— aparecen característicamente siendo primeramente utilizadas por una o algunas empresas (esto es, actuando como una economía interna). Esta empresa empieza a vender a menor precio que las otras, son así empujadas definitivamente a la oscuridad para quedarse ahí con las reservas y cuasi-rentas acumuladas, mientras que la otra parte copia los métodos del perturbador de la paz. *Que* esto es así, podemos verlo todos los días observando la vida industrial; es precisamente lo que sigue lo que pierde el aparato estático y lo que explica su insatisfactoriedad y trata de meter tales fenómenos por la puerta en su resquebrajada estructura, en lugar de, como creemos es natural hacer, reconocer y explicar esto como un proceso distinto que funciona junto con el tratado por la teoría estática. El *porqué* esto es así, es una cuestión que llevaría muy lejos para contestarla satisfactoriamente. La innovación acertada, como dije antes, es una tarea *sui generis*. Es una proeza, no del intelecto, sino de la voluntad. Es un caso especial del fenómeno social del liderazgo<sup>1</sup>. Como que su

obstante, este punto de vista divide un fenómeno homogéneo, cuyos elementos no difieren unos de otros más que por el grado y se ve fácilmente que crea una nueva dificultad similar a la de llenar las cajas vacías. Exactamente como el no distinguir los diferentes procesos, lleva, en el caso de las cajas, una dificultad en distinguir entre los grupos de hechos —y también, conduce a aquel estado de discusión en el que algunos autores mantienen que la mayor parte de las industrias presentan rendimientos *decrecientes*, otros que la mayor parte de las industrias presentan rendimientos *crecientes*, y unos terceros que normalmente toda industria los muestra *constantes*— del mismo modo es obviamente imposible trazar ninguna divisoria entre estas clases de innovaciones o, en este caso, inventos; y la dificultad no es de enjuiciamiento de casos particulares, sino de principio. Pues *ningún* invento es independiente de los datos existentes; y *ningún* invento es *tan* dependiente de ellos como para que lo produzcan automáticamente. En el caso de un invento importante, el cambio en los datos es grande; en el caso de un invento poco importante, es pequeño. Pero está es todo, y la naturaleza del proceso y del mecanismo especial puesto en movimiento, es siempre el mismo.

<sup>1</sup> Esto no implica ninguna glorificación. El propio liderazgo no representa tan sólo unas aptitudes que generalmente exigen admiración, ya que implica estrechez de miras en todas las direcciones menos en una y un tipo de fuerza que a veces puede apenas distinguirse de la insensibilidad. Pero, además, el liderazgo económico no tiene nada del encanto que tienen otros tipos de liderazgo. Sus implicaciones intelectuales pueden ser triviales: las simpatías amplias, el atractivo personal, la sublimación retórica de motivos y actos cuentan poco en él. Aunque no deja de tener cierto carácter épico, en lo principal es muy poco épico, de modo que nadie que anhela el culto al heroísmo personal puede apenas confiar en estar satisfecho en un campo en cuyo umbral histórico encontramos entre otros tipos, a puritanos comerciando con esclavos y fabricando aguardiente.

Aparte de esta fuente de posibles objeciones, hay una mucho más seria en la mente de todo economista bien formado, cuya experiencia le ha enseñado a creer poco en tales intrusiones en la teoría de opiniones que saben a sociología, y que es propenso a asociar cualquiera de tales cosas con una cierta clase de objeciones a la doctrina recibida, que aparecen continuamente aunque a menudo pueden haber sido refutadas —y que ignoran enormemente el hecho— tal como objeciones al hombre económico, al análisis marginal, al uso de la hipótesis del trueque, etc. Creo que el lector puede convenirse de que ninguna carencia de formación teórica es responsable de afirmaciones que, creo, concuerdan fundamentalmente con el análisis marshalliano.

Ninguna dificultad aparece en cuanto a la verificación. Que nuevos bienes o nuevas calidades, o *nuevas cantidades* de bienes son impuestas al público por la iniciativa de los empresarios —que, desde luego, no afectan al papel

dificultad consiste en las resistencias e incertidumbres que trae consigo el hacer lo que no se ha hecho antes, sólo es accesible para, y atrae a un tipo distinto que es raro. Mientras que las diferencias en aptitud para el trabajo rutinario de la dirección «estática» sólo producen diferencias de éxito en hacer lo que cada uno hace, las diferencias en esta aptitud particular hacen que sólo algunos son capaces simplemente, de hacer esta cosa particular. El superar estas dificultades inherentes al cambio de práctica es la función característica del empresario.

Así, si este proceso no representara más que una de las muchas clases de «fricciones», no valdría ciertamente la pena dedicar nuestro tiempo a apartarnos de la exposición usual del tema, aunque bajo este título pueden comprenderse muchos hechos. Pero significa más que esto. Su análisis ofrece la explicación de fenómenos que no pueden explicarse sin él. Hay, primero, la función del «empresario» como distinta a la simple función de «dirección» —aunque pueden, y generalmente deben, encontrarse una y otra en el mismo individuo— cuya naturaleza sólo se muestra dentro del proceso de la innovación. Hay, segundo, la explicación de la ganancia del empresario que emerge en este proceso y que, de otro modo, se perdería en el conjunto de los «ingresos de dirección»<sup>1</sup>, cuyo tratamiento, como un todo homogéneo, es insatisfactorio precisamente por la misma razón que, por consentimiento general, también es insatisfactorio el tratar, digamos, la renta de un campesino que cultiva su propia tierra, en lugar de tratarla como una suma de salarios, rentas, cuasi-rentas y, posiblemente, intereses. Además, en *este* beneficio de los empresarios el que es la primera fuente de las fortunas industriales, la historia de cada una de las cuales consiste en, o nos lleva a encon-

de la demanda dentro del proceso estático— es un hecho de experiencia común; que una empresa o un pequeño grupo de empresas conducen, en el sentido antes entendido, al proceso de la innovación, creando, por tanto, su propio mercado y, generalmente, dando impulso al ambiente, está igualmente patente (y no negamos hechos de otro carácter, los secundarios o “de consecuencia”); y todo lo que estamos intentando hacer es ajustar el aparato analítico para que tome en cuenta estos hechos sin hacer saltar del engranaje a otras piezas.

<sup>1</sup> Como que la función en cuestión es distinta, no importa el que en la práctica aparezca raramente, si es que aparece, por sí misma. Y cualquiera que se preocupe de observar desde cerca la conducta de los hombres de negocios, no pondrá la objeción de que las cosas nuevas y el trabajo rutinario se están haciendo, por lo general, indiscriminadamente por el mismo director. Encontrará que el trabajo rutinario se hace con ausencia total de suavidad tan pronto como se da un nuevo paso, y hay una fuerte separación entre los dos, que no pueden superar tipos de directores muy valiosos. Esto se extiende ampliamente dentro del reino de lo que acostumbramos a considerar cambio automático que comporta economías externas e incrementa las ganancias. Tomemos el caso de un negocio de alquiler de automóviles según el principio de “conduzca usted mismo”. Un simple crecimiento del vecindario suficiente para hacer que tal negocio sea rentable, no lo produce. Alguien tiene que darse cuenta de la posibilidad y fundar la empresa, conseguir que la gente aprecie sus servicios, tener el tipo de coches adecuado, etc. Esto implica solucionar gran cantidad de pequeños problemas. Incluso si ya existe una empresa así y un ulterior desarrollo del medio ambiente hace posible una extensión discontinua, lo que hay que hacer no es tan fácil como parece. Sería fácil para la mente experta de un líder industrial, pero no lo es tanto para un miembro típico del estrato que realiza tal función.

trar, actos de innovación acertados<sup>1</sup>. Y como la elevación y decadencia de las fortunas industriales es *el* hecho esencial de la estructura social de la sociedad capitalista, tanto la emergencia de lo que es, esencialmente, en cualquier caso particular, una ganancia temporal, como su eliminación por el funcionamiento del mecanismo de la competencia, son obviamente algo más que fenómenos «friccionales», como lo es ese proceso de vender a menor precio por el que el progreso industrial aparece en la sociedad capitalista y por lo que resulta de sus logros una renta real más elevada en todas partes.

Tampoco esto es todo. Este proceso de innovación en la industria por la acción de los empresarios ofrece la clave de todo el fenómeno del capital y del crédito. El papel del crédito sería un papel técnico y uno subordinado en el sentido de que todo lo fundamental del proceso económico podría explicarse en términos de bienes, si la industria creciera por pequeños pasos a lo largo de curvas coherentes. Pues, en este caso, la financiación podría hacerse y se haría, sustancialmente, por medio de la renta bruta corriente, y sólo sería preciso suavizar pequeñas discrepancias. Si lo simplificamos suponiendo que todo el proceso circular de producción y consumo comprende exactamente un período de cuenta, sin que sobreviva en el siguiente ningún instrumento ni bien de capital —definido como un concepto monetario— y las rentas serían exactamente iguales y sólo representarían diferentes fases de una misma corriente monetaria. Sin embargo, como que la innovación es discontinua e implica cambios considerables y, en el capitalismo competitivo, está típicamente incorporada a nuevas empresas, requiere grandes gastos previos a la emergencia de cualquier rendimiento, el crédito se convierte en un elemento esencial del proceso. Y no podemos convertirlo en ahorro con el fin de explicar la existencia de un fondo desde el cual fluyan estos créditos. Pues esto implicaría la existencia de beneficios previos, sin los cuales no podría existir la suma que se necesita —como incluso sucede en realidad, ya que los ahorros usualmente se retrasan respecto a las necesidades— y el suponer beneficios previos en una explicación de principios significaría un círculo vicioso. Por consiguiente, la «creación de crédito» se convierte en

una parte esencial del mecanismo del proceso y de la teoría que lo explica. Por lo tanto, el ahorro propiamente dicho, resulta ser de menos importancia de lo que la doctrina recibida da a entender, para lo que el crecimiento continuo del ahorro —acumulación— es un sostén principal de la explicación. La creación del crédito es el método por el que se produce la aplicación a nuevos usos de los medios de producción existentes, a través de un alza de precios que obliga a «ahorrar» la cantidad necesaria de los mismos detrayéndolos de los usos a que se destinaban hasta ahora («ahorro forzoso», *cfr.* la «carencia forzosa» —«imposed lacking»— de Robertson).

Finalmente, no puede decirse que mientras que todo esto se aplica a empresas individuales, el desarrollo del conjunto de las industrias podría aún considerarse como un proceso continuo, una visión comprehensiva que «allana» las discontinuidades que ocurren en cada caso particular. Incluso así, las discontinuidades individuales serían portadoras de fenómenos esenciales. Pero, además, eso no es así por una razón definida. Como se demuestra por la típica alza general de precios y por la actividad igualmente típica del comercio de bienes de equipo; en la fase de prosperidad del ciclo de los negocios, las innovaciones se hallan densamente agrupadas. De hecho tan densamente que la perturbación resultante produce un período distinto, de ajuste (que es precisamente en lo que consiste la fase de depresión del ciclo económico). El *porqué* eso es así, el autor ha intentado demostrarlo en otra parte<sup>1</sup>. El *qué* esto es así, es la mejor verificación y justificación particular de la opinión propuesta, si aplicamos tanto el criterio de que es «verdad práctica» como el criterio de que ofrece explicación de un fenómeno *no implicado en su principio fundamental*.

Entonces, si el «progreso» consiste fundamentalmente en aplicar los recursos existentes a nuevos usos; si la naturaleza de la función del empresario es actuar como fuerza propulsora del proceso, si los beneficios del empresario, el crédito y el ciclo resultan ser partes esenciales de su mecanismo —el autor incluso cree que esto es

<sup>1</sup> Como se ha dicho en una nota previa, no es el funcionamiento de un negocio de acuerdo con un nuevo plan, sino el acto de conseguir que marche según un nuevo plan, lo que explica los beneficios de los empresarios, y que hace tan indeseable el intentar explicarlo mediante curvas «estáticas» que describen precisamente los fenómenos de su «funcionamiento». La razón teórica de nuestra proposición es que, o bien la competencia o bien el proceso de imputación tiene que detener toda ganancia «excedente», incluso en un caso de monopolio, en el que el valor de la patente, el agente natural o cualquier otra cosa de que dependa la situación de monopolio, absorberá el rendimiento en el sentido de que no habrá beneficio en lo sucesivo. Pero hay, también, una observación «práctica» que apoya esta opinión. Jamás ninguna empresa rendirá ganancias indefinidamente si sólo funciona según un plan inmutable. Para todas llega el día de dejar de hacerlo. Y todos nosotros sabemos este tipo de empresa industrial familiar de la tercera generación, que está en el camino de aquel estado, aunque puede ser conscientemente «dirigida».

<sup>1</sup> «Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung», 1911, segunda edición, 1926. *Cfr.* También «The Explanation of the Business Cycle», *Economica*, 1927. Se verá que el nivel de precios de Estados Unidos, al no conseguir subir en el período 1923-26, no es una objeción sino una verificación más de esta teoría. No obstante, una eminente autoridad ha indicado al autor que los precios tampoco consiguieron subir en Estados Unidos durante la prosperidad que precedió inmediatamente a la guerra. Puede responderse que los factores que explican la estabilidad 1923-26 ya eran activos antes de la guerra. Pero las cifras del «U. S. Bureau of Labour» para 1908-13 son: 91, 97, 99, 95, 101, 100. *Cfr.* También la tabla del profesor Persons en *Review of Economic Statistics*, enero de 1927. Puede mencionarse también que el comercio de bienes de equipo y sus materiales no necesitan precisamente mostrar su actividad completamente en todos los índices. Por ejemplo, el hierro, siendo un bien internacional, no necesita subir de precio si las fases del ciclo no coinciden lo suficiente en los distintos países. De hecho, generalmente lo hacen. Pero la manera correcta de tratar con el hierro y el acero es usar el índice de Spiethoff (producción + importación — exportación) y esto, hasta ahora, siempre ha funcionado satisfactoriamente.

verdad para el interés— entonces la expansión industrial *per se* se describe mejor como una consecuencia que como una causa; y nos inclináramos a invertir el orden de lo que hemos llamado la cadena de causas recibidas. En este caso, y como que estos fenómenos se conectan formando un conjunto lógicamente coherente y autónomo, es obvio que comporta claridad el presentarlos definidamente; el relegar a un cuerpo de doctrina distinto el concepto de equilibrio, las curvas continuas y las pequeñas variaciones marginales, todo lo cual se conecta, a su vez, con el flujo del circuito de la rutina económica bajo datos constantes, y el construir, paralelamente, y *antes* de considerar la complejidad total del fenómeno real —las ondas secundarias, hechos casuales, «el crecimiento», etc.—, una teoría del cambio capitalista, suponiendo, al hacerlo, que los datos o las condiciones no económicas son constantes y automáticas y que el cambio gradual está ausente de las condiciones económicas. Pero no hay dificultad alguna en introducir todo esto. Y parecería seguirse que la analogía orgánica se adapta menos para expresar fielmente la naturaleza del proceso de lo que muchos de nosotros creemos; aunque, desde luego, el ser una simple analogía puede interpretarse, también, de modo que no implique nada positivamente equivocado y que evite la idea, que puede sugerir, aunque no necesariamente, de un equilibrio de crecimiento *ad instar* del crecimiento de un árbol.

Resumiendo el argumento y aplicándolo al tema en cuestión vemos que hay realmente, un elemento en el proceso capitalista, incorporado en el tipo y función del empresario, que destruirá *por su simple funcionamiento y desde dentro* —en ausencia de impulsos o perturbaciones externas y también de crecimiento— cualquier equilibrio que pueda haberse establecido por sí mismo, o estar estableciéndose; que la acción de aquel elemento no puede ser descrita por medio de pasos infinitesimales; y que produce las «ondas» cíclicas que son esencialmente la forma que toma el «progreso» en el capitalismo competitivo y que si no las conociéramos por la experiencia podrían descubrirse por su teoría. Pero por un mecanismo que funciona en, y explica los rasgos de los períodos de depresión, surge siempre, o tiende a surgir, un nuevo equilibrio que absorbe el resultado de la innovación llevada a cabo en los períodos precedentes de prosperidad. Los nuevos elementos encuentran sus proporciones del equilibrio; los antiguos o se adaptan o desaparecen; las rentas vuelven a adaptarse; la inflación de la prosperidad se corrige por la autodeflación automática a través de reembolsar los créditos, con los beneficios, a través de los nuevos bienes de consumo que entran en los mercados y a través del ahorro que interviene en los créditos «creados». Así, las inestabilidades que surgen del proceso de la innovación, tienden a corregirse por sí mismas y no se acumulan. Podemos redactar en nuestra terminología el resultado que alcanzamos

y decir que aunque hay inestabilidad del *Sistema*, no hay inestabilidad del *Orden*.

6. La inestabilidad debida a lo que consideramos que es el factor básico del cambio puramente económico es, sin embargo, de importancia muy diferente en los dos tipos históricos de capitalismo que hemos distinguido.

La innovación en el capitalismo competitivo se incorpora típicamente a la fundación de nuevas empresas —de hecho, la palanca principal del ascenso de las familias industriales; las mejoras son introducidas por la fuerza en el conjunto de las ramas por el proceso de vender a bajo precio y de retirar de ellos sus medios de producción, trabajadores, etc., que van a empresas nuevas; todo ello, no sólo representa una gran cantidad de perturbaciones como simple incidente, sino que también actúa dando origen al resultado, y cambiando las economías «internas» en «externas» *sólo en la medida* en que esto significa una perturbación. Los procesos nuevos no surgen, y generalmente no pueden surgir, de las empresas antiguas, sino que se sitúan paralelamente a ellas y las atacan. Además, para una empresa de tamaño comparativamente pequeño, que no tiene poder en el mercado del dinero y no puede afrontar los gastos de departamentos científicos o producción experimental, etc., la innovación en la práctica comercial o técnica es algo excesivamente arriesgado y costoso, y lanzarse a ella requiere una energía y un valor superiores a lo normal. Pero por el mismo hecho de que el éxito esté a la vista de todos, todo se hace mucho más fácil. Puede entonces copiarse, e incluso mejorarse con una dificultad mucho menor, e invariablemente la gran masa de hechos lo copia (lo que explica los saltos del progreso, así como sus retrocesos, que traen consigo en su despertar no sólo la perturbación primaria, inherente al progreso, sino también una corriente de perturbaciones y de *posibilidades*, aunque sólo posibilidades de catástrofes o crisis recurrentes.

Todo esto es diferente en el capitalismo «trustificado». En este caso, la innovación ya no está incorporada *típicamente* en las empresas nuevas, sino que avanza, dentro de los modelos grandes que ahora existen, de modo ampliamente independiente de las personas individuales. Se encuentra con muchas menos fricciones y el fracaso, en cualquier caso particular, pierde su peligro y tiende a ser llevado a cabo como un asunto corriente; basándose en el dictamen de los especialistas se hace posible una política respecto a la demanda que es consciente y parte de una unión de las inversiones a largo plazo. Aunque la creación de crédito todavía juega algún papel, el poder para acumular reservas y el acceso directo al mercado monetario, tienden a reducir la importancia de este elemento en la vida del *trust* (lo que, haciendo un inciso, explica el fenómeno de la pros-

peridad coexistiendo con precios estables o casi estables, del que hemos tenido la oportunidad de ser testigos en Estados Unidos 1923-1926). Es fácil ver que las tres causas aludidas, aunque acentuaron las ondas en el capitalismo competitivo, tienen que tender a suavizarlas en el «trustificado». El progreso deviene «automatizado», cada vez más impersonal y siendo cada vez menos asunto de liderazgo e iniciativa individual.

Esto representa un cambio fundamental en muchos aspectos, algunos de los cuales sobrepasan en mucho la esfera de lo económico. Significa que deja de existir un sistema de selección de líderes cuya única característica es que el éxito en *alcanzar* una posición y el éxito en *ocuparla* son esencialmente lo mismo (como lo son el éxito de la empresa y el éxito de los hombres que las dirigen) y su sustitución por otro más acorde con los principios de determinación o elección, que característicamente divorcian el éxito del negocio del éxito del hombre, y que exige, como lo exigen las elecciones políticas, las aptitudes de un candidato a, digamos, la presidencia de una asociación de empresas, que tienen poco que ver con las aptitudes de un buen presidente. El refrán italiano: «Quien entra en el cónclave como papable, lo abandonará como cardenal» expresa correctamente lo que queremos decir. Los tipos de personas que ascienden y los que se quedan atrás en una sociedad trustificada son distintos a los que lo serían en una sociedad competitiva, y la diferencia se extiende inmediatamente a los motivos, estímulos y estilos de vida. No obstante, para nuestro propósito, es suficiente reconocer que la única causa fundamental de la inestabilidad inherente al sistema capitalista pierde importancia con el tiempo y puede incluso esperarse que desaparecerá.

7. En lugar de resumir un argumento muy fragmentario, desco remarcar una vez más, para concluir, que sólo se han tenido en cuenta los hechos y problemas puramente económicos. Por tanto, nuestro diagnóstico no basta como base para predecir más que lo que bastaría el diagnóstico médico de que una persona no tiene cáncer, como base, para predecir que continuará viviendo indefinidamente. El capitalismo, por el contrario, está en un proceso tan obvio de transformación en algo distinto, que no es el hecho sino la interpretación de este hecho, sobre lo que es posible estar en desacuerdo. He descado contribuir a esta interpretación con un resultado negativo. Pero, con el fin de evitar malentendidos, bien se puede afirmar expresamente lo que creo sería el resultado positivo de un intento de diagnóstico más ambicioso, si puedo suponer que lo consiga con una frase corta e imperfecta: el capitalismo, aunque económicamente es estable e incluso va ganando en estabilidad, crea por la racionalización de la mente humana, una mentalidad y un

estilo de vida incompatibles con sus propias condiciones, instituciones sociales y motivos fundamentales, y se transformará, aunque no por necesidad económica, e, incluso, probablemente con algún sacrificio del bienestar económico, en un orden de cosas al que llamarle o no socialismo será meramente materia de buen gusto y de terminología.

JOSEPH SCHUMPETER

Universidad de Bonn.